Bellevigne-de-l' Etoile, Andrés el Rojo, Francisco Chaute-Prune se acercaron á Gringoire.

Alzóse en aquel momento un grito general entre todos los hampones:-*La Esmeralda! la Esmeralda!*

Estremecióse Gringoire y volvió la cara al sitio de donde salía el clamor: abrióse la turba é hizo paso á una forma pura y bellísima. Era la gitana.

—La Esmeralda!—dijo Gringoire estupefacto en medio de su agitación, al contemplar el modo extraordinario con que á aquella palabra mágica iban unidos todos sus recuerdos del día.

Aquella dulce criatura parecía ejercer hasta en la corte de los Milagros su imperio de prestigio y de hermosura. Hampones y hamponas la dejaban paso cariñosamente, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse la hermosa al paciente con ligeros pasos, seguida de su linda Djali. Estaba Gringoire más muerto que vivo: la gitana le consideró un momento sin hablar palabra.

—Vais á ahorcar á este hombre?—dijo con gravedad á Clopin.

—Sí, hermana,—respondió el rey de Tunia,—á menos que tú no le tomes por marido.

Ella hizo su gestecillo y respondió:

—Le tomo.

Entonces sí que Gringoire creyó firmemente que no había hecho más que soñar desde por la mañana, y que todavía estaba soñando.

La peripecia en efecto, aunque graciosa, no dejaba de ser violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron al poeta del banquillo. Tuvo el desdichado que sentarse: tan viva fué su conmoción.

El duque de Egipto, sin hablar palabra, trajo un

cántaro de barro que presentó la gitana á Gringoire.

—Tírale al suelo,—le dijo.

Hízose el cántaro cuatro pedazos.

—Hermano,—dijo entonces el duque de Egipto, poniéndole las manos sobre la frente,—esta es tu mujer: hermana, este es tu marido, por cuatro años. Id con Dios.

VII

Una noche de bodas

Pasados algunos instantes, hallóse nuestro buen poeta en una pequeña estancia embovedada ojiva, cerradita, abrigadita, sentado en frente de una mesa que estaba pidiendo á gritos entrar en relaciones con una alacena allí inmediata, con una excelente cama en perspectiva y con una buena moza al lado: la aventura tenía algo de encantamiento. Empezaba ya Gringoire muy seriamente á tenerse por un personaje de cuentos de brujas; de cuando en cuando echaba los ojos en torno de sí para ver si el carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, único que había podido transportarle tan rápidamente desde el Tártaro á París, andaba aún por allí cerca; y también de vez en cuando fijaba obstinadamente sus ojos en los agujeros de su ropilla, á fin de asirse á la realidad y no perder terreno enteramente. Su razón, manteada en los espacios imaginarios, no pendía ya más que de este hilo.

Parecía que la gitana ni siquiera reparaba en él; iba, venía, movía los trastos, hablaba con su cabrita y hacía su acostumbrado mohín á diestro y siniestro. Fué por fin á sentarse junto á la mesa, y Gringoire pudo examinarla á su sabor.

Todos habéis sido niños, amados lectores, y acaso

tenéis algunos la dicha de serlo todavía. Es seguro que más de una vez (y yo por mi parte he pasado así días enteros, los mejor empleados de mi vida) habéis seguido de mata en mata, en la orilla de un arroyo transparente, en un día de sol, á alguna linda mariposa verde ó azul que quebraba su vuelo en ángulos vivos, y doblegaba la punta de todas las ramas. Sin duda recordáis la inocente curiosidad con que seguían vuestros pensamientos y vuestros ojos aquel pequeño torbellino tan raudo y zumbador, de alas de púrpura y de azul, en medio del cual flotaba una forma imperceptible, velada por la misma velocidad de su movimiento. El sér aéreo que se dibujaba confusamente entre aquellas rápidas alas os parecía quimérico, imaginario, imposible de tocar, y de ver. Pero cuando en fin se paraba la mariposa en la punta de un rosal, y podíais examinar, conteniendo el aliento, las anchas alas de gaza, la larga falda de esmalte, los dos globos de cristal, cuál era vuestra admiración y cuál vuestro miedo de ver nuevamente convertirse la forma en sombra y en quimera el sér! Recordad aquellas impresiones, y podréis imaginaros lo que sintió Gringoire al contemplar bajo su forma visible, palpable, á aquella Esmeralda á quien aun no había hecho más que entrever al través de un torbellino de baile, de canto y de tumulto.

Sepultado más y más en su vaga meditación:—He aquí, se decía, siguiéndola amorosamente con los ojos, lo que es la *Esmeralda!* una criatura celestial! una bailarina de las calles! tanto y tan poco! Ella dió el cachete á mi misterio esta mañana, y ella me salva la vida esta noche! Mi demonio perseguidor, mi ángel de la guarda! Buena moza, vive Dios! y que debe estar perdida por mí para haberme tomado por marido á las primeras de cambio.—Ahora que me acuerdo, dijo poniéndose en pie repentinamente con aquel sentimiento de lo positivo que formaba la base de su carácter y de su filosofía, yo no sé en qué diablos consiste; pero sé que soy tu marido!

Y con esa idea en la cabeza y en los ojos, acercóse á la niña de un modo tan militar y temerario que hubo ella de retroceder.—Qué me queréis? dijo.

—Y sois vos quien me lo preguntáis, adorable Esmeralda?—respondió Gringoire con un acento tan apasionado que él mismo se asombraba de oirlo.

Fijó en él la gitana sus hermosos ojos:—No sé qué queréis decir.

—Pues qué!—repuso Gringoire entusiasmándose más y más, pensando en que al fin y al cabo no se las había ni más ni menos que con una doncella de la corte de los Milagros,—no soy tuyo, dulce amiga? no eres tú mía?

Y con el mayor candor del mundo pasóla la mano por la cintura.

Escurriósele entre los dedos la cintura de la gitana como la escama de una anguila. Saltó la niña de un extremo al otro de la estancia, agachóse y volvióse á levantar con un puñalito en la mano, antes de que Gringoire hubiese tenido tiempo para ver de dónde salía aquel puñal, irritada y altiva, los labios inflamados, la nariz hinchada, rojas las mejillas como una manzana, y brotándole centellas de los ojos. Púsose al mismo tiempo delante de ella la cabrita blanca presentando á Gringoire un frente de batalla, erizado de dos lindos cuernos, dorados y puntiagudos: todo lo cual se hizo en un abrir y cerrar de ojos.

La mariposa se convertía en avispa, y estaba pronta á picar.

Atónito quedó nuestro filósofo, pasando de la mujer á la cabra su mirada estúpida.—Virgen Santa! dijo en fin, cuando le permitió hablar la sorpresa.

También la gitana rompió el silencio por su parte. —Paréceme que eres un trasto muy atrevido!

—Perdón, señorita,—dijo Gringoire sonriendo.— Pero á qué fin me habéis tomado por marido?

—Querías que te dejase ahorcar?

—Según eso,—repuso el poeta, algún tanto frustradas sus esperanzas amorosas,—no habéis tenido otro fin al tomarme por esposo que el de salvarme de la horca?

—Y qué otro piensas tú que podía tener?

Gringoire se mordió los labios.—Vamos, todavía no soy tan triunfante en Cupido como imaginaba. Pero entonces á qué fin haber roto aquella pobre tinaja?

El puñal de la Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban en la defensiva.

—Señorita Esmeralda,—dijo el poeta,—capitulemos. No soy escribano del Chatelet, y no os armaré pleito por usar una daga en París á los hocicos de las órdenes y prohibiciones del señor preboste: no debéis ignorar, sin embargo, que hace ocho días fué multado Noël Lescrivan en diez dineros parisíes por haberle encontrado con un chafarote. Pero no es cosa que me toca ni atañe; y vamos al grano. Os juro por lo más sagrado que no os tocaré sin vuestra licencia y permiso; pero dadme de cenar.

Ello es que Gringoire, como Mr. Despreaux era «muy poco voluptuoso» y muy ajeno de pertenecer á aquella especie caballeresca y emprendedora que toma por asalto á las doncellas. En punto á amor como en todo lo demás, siempre se inclinaba á temporizar y aceptar términos medios; y una buena cena, en amable compañía, parecíale, sobre todo cuando tenía hambre, un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La gitana no respondió palabra; hizo su desdeñosa mueca, levantó la cabeza como un jilguero, y luego se echó á reir; y el lindo puñal desapareció como había venido, sin que pudiese ver Gringoire donde escondía la abeja su aguijón.

Un momento después brillaban sobre la mesa un pan de centeno, una rebanada de tocino, algunas manzanas secas y un jarro de cerveza; Gringoire empezó á comer desesperadamente. Y quien hubiera oído el menudo retintín de su tenedor de hierro y de su plato de loza, hubiera dicho que todo su amor se había convertido en apetito.

Mirábale comer la niña sin decir palabra, y absorta visiblemente en otros pensamientos que la hacían sonreir de cuando en cuando, mientras su linda mano acariciaba la cabeza inteligente de la cabrita, blandamente reclinada sobre sus rodillas.

Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y meditación.

Acallados los primeros clamores de su estómago, sintió Gringoire un cierto ruborcillo al ver que ya no quedaba en la mesa más que una manzana.—No coméis, señorita Esmeralda?

Respondióle ella haciendo con la cabeza un movimiento negativo, y su mirada meditabunda fué á fijarse en la bóveda de la estancia.

—¿En qué diablos estará pensando?—dijo Gringoire para sí y mirando lo que miraba ella.—Es imposible que la ocupe ese mascarón del enano de piedra esculpido en la llave de la bóveda. Qué diablos! me parece que bien puedo sostener la comparación con ese monstruo. Señorita,—dijo alzando la voz.

Parecía que la gitana no le oía.

Luego prosiguió en voz aun más alta:—Señorita Esmeralda!—Tiempo perdido. La mente de la gitana estaba en otra parte, y la voz de Gringoire no era poderosa á apartarla de donde estaba. Afortunadamente la cabra ayudó sus intentos, tirando de la manga suavemente á su ama.

—¿Qué quieres, Djali?—dijo de pronto la gitana como si la despertaran violentamente.

—Tiene hambre,—dijo Gringoire, deseoso de trabar conversación.

Desmigajó la Esmeralda un pedazo de pan que comió graciosamente Djali en la palma de su mano.

No la dejó tiempo Gringoire para volver á sus cavilaciones, llamando su atención con esta delicada pregunta:

—Con que no me queréis para marido?

Miróle la niña de hito en hito y contestó:—No.

—Y para amante?—repuso Gringoire.

Hizo ella su mohín y respondió:—No.

—Y para amigo?—prosiguió Gringoire.

Siguióle ella mirando sin quitarle ojo, y dijo después de un momento de reflexión:—Tal vez.

Este *tal vez* tan grato para los filósofos, dió nuevos ánimos á Gringoire.

—Sabéis,—le preguntó,—qué cosa es amistad?

—Sí,—respondió la gitana;—ser hermano y hermana; dos almas que se tocan sin confundirse... los dos dedos de la mano.

—Y el amor?—prosiguió Gringoire.

—Oh! el amor!—dijo, y su voz temblaba y sus ojos brotaban llamas.—Es ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se deshacen en un ángel: es el cielo.

Esto diciendo, brillaba en la bailarina de las calles una hermosura que asombraba singularmente á Gringoire y le parecía estar en perfecta armonía con la exaltación casi oriental de sus palabras. Sus labios rosados y puros se entreabrían sonriendo; turbaba tal vez el pensamiento la tersura de su frente cándida y serena como el aliento empaña el cristal de un espejo; y de sus largas pestañas negras inclinadas se irradiaba una especie de luz inefable que daba á su perfil aquella

suavidad ideal que halló después Rafael en el punto de mística intersección de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire, sin embargo, prosiguió impertérrito:

—Cómo ha de ser un hombre para agradaros?

—Ha de ser hombre.

—Pues no lo soy yo?

—Un hombre tiene casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—Bravo,—dijo Gringoire,—sin caballo no hay hombre. Amáis á alguno?

—Sí, amo á uno.

—De corazón?

—De corazón.

Quedó un momento pensativa y luego dijo con una expresión particular:—Pronto lo sabré.

—Y por qué ahora no?—repuso tiernamente el poeta.—Por qué á mí no?

Echóle la niña una mirada seria.

—Yo no podré amar sino á un hombre que sea capaz de protegerme.

Ruborizóse Gringoire y no lo echó en saco roto. Era evidente que la gitana aludía al poco auxilio que la dió en la crítica circunstancia en que se halló dos horas antes. Este recuerdo, borrado de su mente por las aventuras de aquella tarde, se le presentó entonces de repente.

—Ahora que me acuerdo,—dijo dándose un golpe en la frente con la palma,—por aquí debiera yo haber empezado. Perdonadme mis locas distracciones. Cómo diablos hicisteis para huir de las garras de Quasimodo?

Esta pregunta hizo estremecer á la gitana.

—Oh! qué horrible jorobado!—dijo cubriéndose el rostro con las manos, y temblando como si tiritara de frío.

—Horrible en efecto!—dijo Gringoire que no renun-

ciaba á su idea;—pero cómo hicisteis para libertaros de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

—Sabéis por qué os seguía?—preguntó Gringoire procurando por un rodeo volver á la cuestión principal.

—No lo sé,—dijo la hermosa. Y luego añadió vivamente:—Y vos que me seguíais también, por qué me seguíais?

—A fe mía,—respondió Gringoire,—que tampoco lo sé yo.

Siguióse un momento de silencio. Gringoire hacía rayitas en la mesa con el cuchillo, la gitana sonreía y parecía que estaba viendo algo al través de la pared; de pronto empezó á cantar con voz apenas articulada:

Cuando las pintadas aves
Mudas están y la tierra...

luego se interrumpió bruscamente y púsose á acariciar á Djali.

—Vaya que tenéis una linda cabrita,—dijo Gringoire.

—Es mi hermana.

—Por qué os llaman la *Esmeralda*?

—No lo sé.

—Pero en fin?...

Sacó del pecho la gitana una especie de escapulario oblongo que llevaba pendiente del cuello á un rosario de cuentas de sándalo; de aquel saquito se desprendía un fuerte aroma de alcanfor. Estaba forrado de seda verde, y tenía en su centro un vidrio verde imitado á una esmeralda.

—Sin duda será por esto,—dijo.

Quiso Gringoire coger el escapulario.

—No le toques,—dijo ella retrocediendo,—es un

amuleto: tú le quitarías la virtud, ó él te haría daño á tí.

Crecía por momentos la curiosidad del poeta:—Quién os le ha dado?

Púsose ella un dedo en la boca y ocultó el amuleto en su seno: á las varias preguntas de su interlocutor sólo respondió con algunas palabras incoherentes.

—Qué quiere decir esa palabra la *Esmeralda*?

—No lo sé.

—A qué lengua pertenece?

—Creo que á la egipcia.

—Ya lo dije yo,—exclamó Gringoire.—No sois francesa.

—No lo sé.

—Tenéis padres?

La Esmeralda se puso á cantar con triste y dulce voz estas palabras:

Mi padre es pájaro
Mi madre es pájara.
Pasó el río sin barco,
Pasó el río sin barca.....
Mi padre es pájaro,
Mi madre es pájara.

—Muy bien,—dijo Gringoire.—A qué edad vinisteis á Francia?

—Siendo muy niña.

—Y á París?

—El año pasado. Cuando entramos por la puerta Papal vi cruzar por los aires la silvia de los cañaverales. Estábamos á fines de agosto, y dije: el invierno será cruel.

—Lo ha sido,—dijo Gringoire en el colmo de la alegría al ver entablada la conversación,—yo le he pasado soplándome los dedos. Luego tenéis el don de profecía?

Volvió la gitana á su laconismo:—No.

—Ese hombre á quien llamáis el duque de Egipto, es el jefe de vuestra tribu?

—Sí.

—Pues él es el que nos ha casado,—observó con tímido acento Gringoire.

Hizo ella su graciosa mueca habitual:—Ni tan siquiera sé tu nombre.

—Mi nombre? cátatele aquí: Pedro Gringoire.

—Yo conozco otro mejor,—respondió pensativa la gitana.

—Picarilla!—repuso el poeta.—No importa; no lograréis irritarme. Y luego, quién sabe? puede que en llegando á conocerme mejor, me cobréis cariño; además, me habéis contado vuestra historia con tanta franqueza, que es muy justo os corresponda yo con la misma. Habéis pues de saber que yo me llamo Pedro Gringoire, y que soy hijo del arrendador de la escribanía de Gonesse. Mi padre fué ahorcado por los borgoñones, y espanzurrada mi madre por los picardos en la época del sitio de París, hace veinte años. A los seis de mi edad, como iba diciendo, quedé huerfanito, sin más suelas en los zapatos que las piedras de París, y no sé cómo he pasado el intervalo de los seis hasta los diez y seis años. Ya me daba una ciruela esta frutera, ya me daba aquel pinche un mendruguillo, y por la noche metíanme las patrullas en la cárcel, donde encontraba un montón de paja para dormir; todo lo cual no me ha impedido crecer y enflaquecer como veis. Calentábame al sol durante el invierno bajo el pórtico del palacio de Sens, y no dejaba de parecerme ridículo que reservaran para la canícula las hogueras de san Juan. A los diez y seis años quise ser algo, y sucesivamente fuí probando de todo. Entré soldado, pero no era bastante valiente; entré fraile, pero no era bastante devoto; además, soy poco aficionado á beber. Desesperado, metíme á aprendiz de carpintero, pero no era

bastante robusto. Mucha más afición tenía á ser maestro de escuela; verdad es que no sabía leer, pero esto no obsta. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo; y viendo que de nada servía, metíme de sopetón á poeta y compositor de ritmos, profesión que siempre puede abrazar un vagamundo, y que al fin y al cabo vale más que la de ladrón, como me aconsejaban que lo fuera algunos rateruelos amigos míos. Encontréme por fortuna el día menos pensado con don Claudio Frollo, el reverendo arcediano de Nuestra Señora, el cual se interesó por mí, y al cual debo hoy el ser un verdadero letrado, instruído en el latín desde los oficios de Cicerón hasta el martirologio de los padres celestinos, y no nada bárbaro en escolástica, en poética, ni en rítmica, ni aun en hermética, la sofia de los sofias. Yo soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concurrencia de populacho, en la Sala Grande del palacio. He escrito también un libro que tendrá unas seiscientas páginas, sobre el prodigioso cometa de 1465 que volvió loco á un hombre. Y no es esto todo: siendo carpintero de artillería, trabajé en aquella famosa bombarda de Juan Maugue que reventó en el puente de Charenton el mismo día en que probó, haciendo pedazos á veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy mal bocado para marido. Sé además muchas graciosas travesurillas que enseñaré á esta cabra, como, por ejemplo, á remedar al obispo de París, ese maldito fariseo cuyos molinos chorrean sobre los transeuntes por todo el puente de los Molineros. Y además, mi misterio me valdrá mucho dinero en metálico, si me le pagan. En fin, aquí me tenéis á vuestras órdenes á mí, á mi talento, á mi ciencia y á mis letras; pronto á vivir con vos, señorita, como mejor os acomode; casta ó alegremente, como marido y mujer, si os da la gana; como hermano y hermana, si lo preferís.

Calló Gringoire esperando ver el efecto que producía su arenga en la doncella, la cual tenía clavados los ojos en el suelo,

—*Febo!*—dijo á media voz y luego volviéndose hacia el poeta:—qué quiere decir *Febo?*

Gringoire, sin alcanzar qué relación podía existir entre su alocución y aquella pregunta, aprovechó gustoso aquella ocasión de sacar á relucir su erudición, y así respondió dándose tono.—Es una palabra latina que quiere decir *Sol.*

—*Sol!*—repitió la gitana.

—Ese era el nombre de un gallardo militar, que era Dios,—añadió Gringoire.

—Dios!—repitió la Esmeralda, y había en su acento un no sé qué de pensativo y apasionado.

Soltósela en aquel momento uno de sus brazaletes y cayó al suelo. Bajóse presuroso Gringoire para recogerlo, y cuando alzó la cabeza, ya habían desaparecido la mujer y la cabrita. Oyó entonces el ruido de un cerrojo en una puertecilla que comunicaba sin duda á algún chiribitil que se cerraba por dentro.

—Si á lo menos me habrá dejado cama en que dormir?—dijo nuestro filósofo.

Hizo detenida inspección de la estancia, pero no halló en ella más muebles á propósito para el sueño, que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa estaba además toda esculpida, lo que procuró á Gringoire, cuando en él se tendió, una sensación algo semejante á la que recibiría Micromegas tendiéndose cuan largo era sobre los Alpes.

—Vaya con Dios,—dijo acomodándose lo mejor que pudo,—fuerza será resignarse. Pero vaya una noche de bodas en sumo grado particular! Yo lo siento, porque había en este consorcio del cántaro roto un no sé qué de candoroso y antidiluviano que me placía.